

que nada sabe de tales *sociedades secretas*, y muestra horror de atribuirles *errores sin conocimiento de causa*; y no obstante tal ignorancia y delicadeza, confiesa que los franc-masones *convienen con los jansenistas en unas mismas máximas, estrechan íntima amistad con ellos, leen con sumo placer sus obras*, por hallarlas análogas á sus proyectos. ¿No es en verdad una apología sublime? Y siendo tal, ¿no deberian los mismos jansenistas dolerse de que tan imprudentemente su defensor haya precipitado su ruina, descubriendo los flancos de su causa, reduciéndose como se reduce todo su libro á un conjunto de meras cavilaciones para hacer aparecer como buenos y sanos católicos á los que por una serie no interrumpida de años, y muchos años, han sido condenados como malos ciudadanos, é hijos rebeldes por la Iglesia; preconizar como sostenedores de los tronos á los que está ya descubierto hallarse unidos con los enemigos de la soberanía; y aun esto bajo un estilo seductor tejido de imposturas y de calumnias? Cada uno lo podrá decidir por sí mismo.

§ 7.

Los jansenistas igualaron si no superaron á los filósofos en promover el jacobinismo.

Uno de los hombres que con mas estudio y estension se ha empeñado en este siglo en penetrar los misterios secretos del jansenismo, y conocer á fondo el carácter de sus gefes y promotores, es incontestablemente el obispo de Sisteron M. Lafitau. Entre otras muchas obras compuso la *Historia de la bula Unigenitus*, apoyada toda en hechos notorios y documentos irrefragables, de que el mismo habia sido testigo ocular, ó que habia personalmente manejado en Roma ante el sumo Pontífice, y en Francia con el duque de Orléans, regente entonces del reino, de cuya gracia y amistad gozaba; en fin, tan constantes y tan auténticos que ni los esfuerzos todos de la secta, ni los amaños de los *Noticistas eclesiásticos*, que por todos medios procuraban prevenir los espíritus con-

tra ellos, pudieron desmentirlos ni contradecirla. En esta célebre historia, tan apreciada de los católicos como odiada de los sectarios, despues de haber demostrado la union de los jansenistas con los hijos de Calvino, añade inmediatamente la siguiente, llámese profecía ó prediccion acerca de sus perniciosos proyectos. « Esto, dice, » se manifestará mejor si, lo que Dios no permita, se » ofreciese alguna de aquellas circunstancias criticas en » que se tratase de trastornarlo todo para establecer una » entera libertad de conciencia. Entonces indudablemente » se veria á los quesnelistas unirse abiertamente con los » protestantes para hacer un mismo cuerpo con los que » ya tienen un mismo espíritu.¹ » Así como para falsificar lo que comunmente se dice de sus antiguos proyectos, el medio mas concluyente y expedito que debian haber tomado los jansenistas, era el demostrar que ellos nada habian hecho de lo que les atribuian las *Relaciones jurídicas*²; del mismo modo para falsificar el pronóstico de Lafitau, deberian haber hecho ver al público que habian permanecido al menos pasivos é indiferentes, ó imparciales en las tristes circunstancias de la revolucion francesa, en la cual los protestantes, especialmente los calvinistas, han tenido tanta mano que, segun el sentir del conde de Entraigues en su *denuncia á los católicos franceses sobre los medios empleados por la asamblea para descatolizar la Francia*, han ocupado el primer lugar despues de los filósofos. Mas así como los jansenistas, lejos de desmentir con su conducta el atribuido primitivo proyecto antireligioso, mas bien lo han llevado al cabo y realizado en todas sus partes, así igualmente, lejos de falsificar la prediccion del obispo de Sisteron apartándose de los protestantes, no solo se han unido estrechamente con ellos, sino que han avanzado mas haciéndolo con otra clase de gente aun mucho peor, y mas odiosa á todos los católicos y amigos del órden. Sin embargo, es

¹ Lib. 6, p. 229, *Edic. de Colonia*.

² Hace alusion á la de Filleau: nada decimos sobre esto: cuando tenemos hechos incontestables, es excusado citar otros de que alguno duda, por mas que sean seguros.

preciso confesar que la prediccion de Lafitau, aunque de hombre de tan grande ingenio, y el mas atento investigador de todas las cabalas de la secta, es aun diminuta é incompleta. Es cierto que el espíritu de la herejía, y especialmente el del calvinismo, es y ha sido siempre la rebelion: los reinados de Carlos IX, Francisco II, Enrique III y Enrique IV están llenos en la historia de las turbaciones causadas por los calvinistas; y la Francia, dividida por ellos en partidos, vió correr muchas veces la sangre de sus ciudadanos por las furiosas revueltas de los nuevos sectarios. La *Historia de las Variaciones* de Bossuet presenta tambien innumerables monumentos auténticos del espíritu de insubordinación é independencia que agitó siempre á los calvinistas; y es bien sabido que Luis el Grande, temiendo por la seguridad de su trono, se vió precisado á tomar la célebre resolucion de arrojar á los calvinistas de Francia revocando el edicto de Nantes, cuya renovacion por el famoso ex-cardenal Brienne, en el breve tiempo de su ministerio, fué como el prenuncio inmediato de la revolucion última: todo ello es así; sin embargo, el pronóstico de M. Lafitau, respecto á la conducta que en un caso de trastorno observarian los jansenistas, no llegó aún á lo que ha sido en la realidad. Estaba reservado este conocimiento á otro genio que como profundo pensador penetrase los mas ocultos secretos del espíritu jansenístico. Este fué el famoso Rousseau, el cual hablando de él en su *Nueva Eloisa*, en una nota (part. 6^a, p. 218, edic. de Ginebra), se expresa así: *A los jansenistas no les falta mas que el poder para mostrarse mucho más duros é intolerantes que sus enemigos*; palabras que parafraseadas despues por el editor del *Año literario* (n. 34, 5 de octubre de 1789), desarrollaron mas esta misma idea diciéndonos claramente: que *si los jansenistas llegan un dia á ser los mas fuertes, luego á luego se verá levantar un tribunal de sangre y de ignorancia*.

En qué términos, y cuán plenamente se haya verificado el vaticinio de Rousseau en la revolucion francesa, lo hemos palpado por nosotros mismos; pero se hará difícil de creer á la posteridad, que no podrá conciliar las

teorías sublimes de la *Caridad quesneliana*, el pretendido espíritu de penitencia, el afectado deseo de reforma y de zelo por conservar ilesos los derechos de los soberanos, con la complicidad de tantas atrocidades, de tantos estragos, tanta sangre derramada, del regicidio y apostasia, no como quiera del Catolicismo, sino de toda Religion revelada. Mas ello es verdad: los jansenistas, coligándose con los protestantes y con los filósofos, ó sea jacobinos, *han verificado á la letra*, como escribe el mismo Lafitau (l. 6, p. 213), *lo que se lee en la historia de todas las herejías, á saber, que el espíritu de error no puede sufrir señor alguno*. Aun mas: han abrazado el sistema de la anarquía político-religiosa en toda la extension y relaciones que incluye el espíritu del mas fino jacobinismo, primero diseminado artificiosamente, y por partes, ya aquí, ya allí en las obras clásicas del partido, y despues enteramente concentrado en el gran código del jansenismo, ó sínodo de Pistoia.

Los siete testimonios que al fin de su *Problema* presenta Bolgeni contra Tamburini para mostrar que los jansenistas han sido cómplices, fautores, instigadores y promotores de esa revolucion que destruyó el poderoso y floreciente reino de Francia, y condujo á sus reyes á perder la vida en un cadalso, que amenaza destronar á todos los príncipes de Europa, y lo ha verificado con algunos, que abiertamente tienta todos los medios para sublevar á los pueblos contra las potestades¹, y que ha renunciado al Cristianismo, son ciertísimos, y no sufren excepción alguna. Y si á estos testimonios se une la confesion del mismo reo, ¿qué podrá decirse en su defensa? Nada absolutamente que le sea favorable. Omitiendo, pues, la confesion y retractacion del famoso Lamourette, obispo intruso de Leon, á quien la vista de la guillotina

1 Recuérdese la *carta de Gregoire sobre la Inquisicion*, donde invita á los Españoles á la sublevacion; y como medio el mas oportuno para que las riberas del Tajo y del Ebro se vean cultivadas por manos libres, propone la extincion de aquel santo tribunal. ¡Qué confesion en boca de un enemigo, de un revolucionario! No sin motivo lo apreciaban y aprecian tanto los buenos, los fieles Españoles. *Domine, quando restitues populum tuum Israel? iste jam octavus annus est.*

abrió los ojos del alma para reconocer humildemente y pedir al Señor perdon de haber sido causa de tan grandes desastres, callando tambien las de algunos otros que en la hora de la muerte, ya natural, ya violenta, retractaron el juramento que habían prestado, y pidieron perdon á Dios y á los hombres del escándalo que les habían dado; confesiones y retractaciones en verdad que hechas en aquella hora de desengaño, donde ya no hay lugar al incentivo de las pasiones, tienen tanta fuerza, hablo aquí de otra mas general y mas extensa, cual es la aceptacion y profesion pública de jacobinismo que tantos jansenistas han hecho en Francia. Y aunque la indicada aprobacion de Tamburini de la conducta nó menos impía que sediciosa de la primera asamblea, la pretension de haber quedado ilesa y salva la fe, no obstante la aceptacion de la cismática constitucion civil del clero, su indiferencia en aprobar ó desaprobado el proceder de los juramentados y no juramentados, y la complacencia que muestra en la amistad contraída entre los franc-masones y jansenistas, pudiera servir de una luminosa prueba contra estos sectarios, como ya hemos inferido; sin embargo, siendo la anarquía religioso-política el mayor de los delitos, creemos oportunitísimo confirmarla con confesiones directas y repetidas de los mismos reos, que no dejen lugar á la menor duda, y hagan ver que ellos han sido aun más culpables que los mismos filósofos tenidos por padres del jacobinismo.

El célebre Spedalieri, en su obra *de los derechos del hombre*, dedica todo un capítulo (el 12 del libro 6) para probar que *el favor concedido á la hipocresía del jansenismo, es un medio destructivo de la Religión y de la soberanía*, y le da principio con estas bien notables palabras. «No puede, en verdad, calificarse el jansenismo con otra denominacion mas exacta que la de hipocresía; » porque, mirándolo por todas sus partes, y atendidas » las íntimas relaciones que tiene con el ateísmo, es im- » posible que una persona sensata pueda ser jansenista » por convencimiento, es decir, que pueda persuadirse » que la Religión revelada por Dios sea el jansenismo. » Así se expresaba este célebre autor por los años de 1791, tiempo en que trabajaba su obra, y los jansenis-

tas aparentaban aun cierta exterioridad de Religion y respeto á las potestades; pero desde entonces acá en el trascurso de solos nueve años, ya ni puede dárselos simplemente esta denominacion, ni el autor les privaria hoy del verdadero nombre de jacobinos que les conviene. Hasta entonces, el Dios de los jansenistas, permítasenos explicar así, cuya gracia omnipotente lo obraba todo en nosotros sin nosotros, triunfaba del hombre, y le dejaba sin libertad, infundia el santo amor, y prevenia y creaba el consentimiento, aunque compareciese con el carácter de un tirano que mandando cosas imposibles, y negando los medios necesarios con que se hiciesen posibles aun á los mismos que se los pedian, castiga no obstante á los trasgresores de estos sus preceptos; al fin era siquiera llamado *Dios*, y honrado con alguna especie de culto; pero entronizada ya la revolucion de Francia, aquella apariencia de culto se disipó como el humo; Dios ya no existe para ellos, se acabó su omnipotencia, de él no se depende en nada, y los mismos que antes le proclamaban tan formidable, renuncian á él como no necesario. Gobel, Massieu, Lindet, Thibaut, Sieyes, Treilhard, Gouttes y otros innumerables jansenistas, abrazan públicamente la idolatría¹, se unen en creencia con Robespierre,

1 Oigamos á Gobel por todos ellos: «Hoy, decia en la convencion » este obispo ya intruso de Paris, el 7 de noviembre de 1793, hoy » que la revolucion camina á pasos agigantados á un término feliz; » hoy, que no debe haber ya otro culto público y nacional que el de » la libertad y de la *santa igualdad*, pues que el pueblo soberano » así lo quiere, consiguiente en mis principios, me someto á su » voluntad, y vengo á declararlos aquí públicamente que desde » ahora renuncio á ejercer mis funciones de ministro del culto ca- » tólico: en su consecuencia ahí teneis los títulos de tal que volun- » tariamente os entrego. » Quitase en seguida el anillo y el pectoral, y lo deja sobre la mesa del presidente, quien lo felicita de verlo deshacerse de los *restos góticos* de la supersticion, y de haber *abjurado el error*; recibe á la par de la asamblea los mayores elogios, y los mas distinguidos honores; y para colmo de su iniquidad pone él mismo sobre su cabeza el gorro encarnado de los jacobinos. Este acto impio y escandaloso de un viejo, entonces de sesenta y seis años, fué la señal para todas las profanaciones y apostasias de aquella época: á los tres dias siguieron las fiestas absurdas del culto no menos absurdo llamado de la *Razon*; se pro-

crean un nuevo númen, erigen un simulacro vivo á la razon ¹ y otros varios obispos intrusos y párrocos de las provincias imitan sin dilación á los de París. Solo Gregoire conservaba la hipocresía jansenística, fingiendo no renunciar al Cristianismo, pero al mismo tiempo mantenía íntimas relaciones con Robespierre, entraba en todos los proyectos contra la Religion, y no se separaba del lado de los mismos que hacían profesion del ateísmo y lo prescribían al pueblo. Ficción en un todo semejante á aquella otra con que en el año anterior se había dejado ver en Chambéry, capital de la antigua Saboya, y en otros departamentos, con un crucifijo en las manos y un vestido roto, predicando y previniendo con tono lastimero y compungido á los pueblos no temiesen por su religion, que se conservaba intacta y salva enteramente. Dentro de poco veremos cuanto se afanaron él y sus compañeros para destruirla de un todo, junto con la monarquía, é introducir la anarquía eclesiástico-política, compitiendo y aun superando en ello á los filósofos; y nos conven-

tesó públicamente el ateísmo, y se persiguió la Religion: Gobel, tan acreditado antes en la secta, que había sido propuesto á un tiempo para tres de los obispos constitucionales, y de los cuales había escogido á París, ya no pensó mas que en facciones y clubs, y aun se encargó de una *mision revolucionaria* en Porentrui. Este monstruo había tenido la perfidia jansenística de escribir al santo Padre al tiempo de su elección, y la impudencia de decir al marqués de Spinola, embajador de Génova en Francia, que retractaría su juramento si le obtenía del Papa una suma de cien mil escudos. ¡Alma venal, sin mas Dios que sus pasiones y un sórdido interés! Aun antes del acto absurdo é impío que hemos referido, se había hecho conocer por otros escándalos que declaraban cuál había sido su fe, y cuál es la de todos los jansenistas. Permitía á los sacerdotes que se habían casado que continuasen sus funciones eclesiásticas, y constituido obispo en virtud de la constitucion civil el día de la Ascension de 1793, instaló personalmente por cura de una de las parroquias de su obispado constitucional á un sacerdote casado, cuya mujer estaba presente á la ceremonia: hé aquí los grandes reformadores. Al fin murió víctima de la misma revolucion que tanto había fomentado primero con su hipocresía, y despues con su impudencia, el 13 de abril de 1794; que estos monstruos concluyen por lo comun devorándose unos á otros entre sí.

¹ La cómica Maillard, diosa digna de tales adoradores, que no se avergonzaron de recibir sus abrazos.

ceremos si es ó no verdadera la proposicion de Tamburini, de *que era una malignidad atribuir al partido de los jansenistas complicidad en la revolucion francesa; y una negra calumnia desmentida por los hechos y por la indole de los principios, que podían servir de norma de la diversa conducta de los eclesiásticos franceses.*

Spedalieri, en el lugar citado (lib. 6, cap. 12) siguiendo á Audainel, ó sea de *Launay, conde de Entraigues*, y á Burke en sus *Reflexiones sobre la revolucion*, escribe que por mucho tiempo la secta filosófica de París mostró el mas orgulloso desprecio del jansenismo, haciéndolo objeto de sus sátiras y sarcasmos; pero luego despues con asombro de los católicos, los ateos vinieron á ser y se constituyeron sus protectores. Era ciertamente motivo de admiracion ver á personas en lo exterior tan contrarias, haberse hecho tan repentinamente amigos. « Qué » es esto; se preguntaban los católicos á sí mismos? » ¿Cómo gentes que hacen ostentacion de una moral mas » propia de ángeles que de hombres; que muestran tanto » celo por conservar intacta la preciosa doctrina de san » Agustin contra las imaginadas empresas de la Iglesia » romana; que condenan á las penas eternas del infierno » á los mas célebres filósofos gentiles, no como quiera » por su infidelidad, sino tambien por haber despreciado » las riquezas, observado la castidad, socorrido á sus se- » mejantes, teniendo cada una de estas acciones por » otros tantos pecados en el hecho mismo de no haber » sido fieles, etc. cómo han podido tan fácilmente estre- » char amistad con los ateos, aplaudir las operaciones » anticristianas de la asamblea, autorizar el cisma, y » concurrir al trastorno general de la Religion y de la » monarquía? » Efectivamente, quien lea las afectadas declamaciones de los jansenistas por los males que afligen á la Iglesia, aquel continuo suspirar por la renovacion del antiguo espíritu de penitencia, sus investivas eternas contra la moral laxa, aquella ansia de reforma, y al mismo tiempo su ardor infatigable en ampliar los derechos de los príncipes sobre las cosas eclesiásticas, no puede menos de quedar sorprendido de esta liga y union con los filósofos, que se sabe aspiran á la destruccion de una y otra. « Acaso, como reflexiona el mismo

» Spedalieri, los primeros inventores del jansenismo, » persuadidos tal vez ¹ de que su doctrina era tomada de » san Agustín, no previesen todas sus fatales consecuen- » cias, y mas no habiéndose añadido aun esas otras ideas » escogitadas en el progreso del tiempo para destruir la » regla de la fe y el gobierno de la Iglesia de Jesucristo ; » pero llevado ya á complemento el sistema, los sucesos » res y discípulos debieron conocer claramente que todo » él conducía infaliblemente á la ruina del Cristianismo : » recelosos aun de los pueblos, y no atreviéndose á sos- » tenerlo abiertamente, se cubrieron con el manto de la » hipocresía y de una exterior modestia. Mas viéndose » luego perseguidos de los filósofos, que no conocían sus » fines, y que aunque por diversos caminos se dirigían á » un mismo término, se insinuaron confidencialmente » con ellos, descubrieronlos su espíritu, los ilustraron » sobre la naturaleza de su sistema, les manifestaron las » ventajas que podían sacarse de sus progresos, y esta » luz y este esclarecimiento, abriéndoles á aquellos los » ojos, les hizo abrazar como amigos á los que hasta en- » tonces habían aborrecido ; y se hizo la confederación » de ambas sectas. » He ahí la solución del enigma de la » unión de personas al parecer tan contrarias en senti- » mientos. « Los filósofos protectores, que tenían todo el » crédito, levantaron á los jansenistas del abatimiento en » que estaban sumergidos, y procuraron acreditarlos : » los jansenistas por su parte se empeñaron en hacer » obrar vigorosamente todas las máquinas de su sistema » en apoyo de las miras de sus bienhechores ; pero siem- » pre con capa de moderación, de humildad y de mo-

¹ Esta repetición del autor manifiesta que él no lo estaba de que así fuese, pero quería permitirlo todo, para no dar lugar á tergiversaciones. Siempre hemos creído se debían distinguir ó dividir en dos clases los jansenistas : unos los iniciados en todos los designios y secretas constituciones del partido, y otros, que por un cierto espíritu de rigor mal entendido, estaban adheridos incautamente á la secta, y pueden llamarse el vulgo del jansenismo. Unos y otros son culpables, porque no hay excusa para preferir el dictamen de un doctor particular al de todos los pastores y doctores católicos unidos con su jefe, es decir, á la Iglesia. pero los primeros lo son infinitamente mas.

» destia. » « Estas combinaciones, continúa, que sin los » hechos de que hemos sido tristes espectadores, no hu- » bieran pasado de conjeturas, despues que se ha visto á » los jansenistas declararse abiertamente respetuosos ad- » miradores de aquellos filósofos, y la ansiosa solicitud » con que han depuesto la máscara de su hipocresía en la » asamblea, y se han apresurado á poner en ejecución » los decretos lanzados para destruir la Religión y el » trono, toman un grado de certeza extraordinario, y nos » autorizan para decir que el grande favor concedido en » muchas partes del mundo católico á la hipocresía del » jansenismo, es obra de los filósofos que se esfuerzan á » realizar por su medio su plan devastador en todos los » Estados católicos ¹. »

¹ Entre varios sucesos que se pudieran traer en confirmación de esto, nos contentaremos con referir uno tan interesante como cierto, que demuestra el vivo deseo de los jansenistas de unirse con los filósofos, y las condiciones con que se prestaron á esta liga. Es á todos notorio cuántos disgustos hubo de sufrir Rousseau de parte de los jansenistas, que irritados de una parte por la *nota* que había insertado en la *Nueva Eloisa*, y de otra porque no se quería prestar á tomar la pluma contra los jesuitas, no perdonaron á medio alguno para desacreditarlo, y aun uniéndose á los católicos, aunque con diverso espíritu, procuraron la prohibición del *Emilio*. El mismo Rousseau se queja de ello amargamente en la *carta* dirigida al arzobispo de París Beaumont, en 18 de noviembre de 1762, en la cual entre otras cosas manifiesta su extrañeza de que estando tan animado de verdadero celo contra los jansenistas, se hubiese constituido instrumento de su venganza. « ¿ Es posible, le dice, que la » animosidad irreconciliable del jansenismo haya de servir contra » mí, porque he reusado prestarme á su partido, y negádome á to- » mar la pluma contra los jesuitas, á quienes ciertamente no amo, » pero de quienes no tengo motivo particular de quejarme, y que » ahora veo oprimidos? Dignaos echar una ojeada sobre el tomo » sexto de la *Nueva Eloisa*, y en él hallareis, en una *nota*, el ori- » gen de todas mis desgracias. En aquella *nota* pronostiqué (porque » algunas veces me lisonjeo hacer de profeta) que si algún día los » jansenistas llegaban á ser dominantes, serian mucho mas crueles » é intolerantes que sus enemigos. No me figuraba yo entonces que » mi propia historia hubiese de verificar la predicción. » Muy bien ; » ¿ pero y qué quiere decirnos con esto? Acaso la persecución con que » le molestaban los jansenistas ; subsanaba los errores que á manos » llenas había vertido en su *Emilio*? Esta estafalaria producción de

«Pero ¿cómo es posible, se me dirá, que la cabala filosófica tratase de elevar á tanto poder á una secta

la locuacidad, ó del charlatanismo mas sin sustancia, fué condenada por el arzobispo y odiada por los católicos, á impulsos de un verdadero celo por la Religion y por la verdad, que nada tenia ni tiene de comun con la vergonzosa pasion de la venganza que excitaba á los jansenistas contra Rousseau, porque no habia querido escribir contra los jesuitas, y habia movido contra él el ánimo de Diderot porque se habia negado á tomar la pluma contra la existencia de Dios. Ello es una desgracia el que le persiguiesen á la vez los ateos, los herejes y los católicos; pero ¿quid ad nos? eche la culpa de todo este suceso á su indomable orgullo; mientras nosotros hacemos dos reflexiones que nacen espontáneamente de él. Primera, el motivo del empeño de los jansenistas en atraer á Rousseau hácia su partido: su elocuencia seductora, su ingenio, por desgracia grande, el concepto que se habia adquirido de filósofo ilustrado, les ofrecia grandes ventajas para su secta, y todo se lo prometian de sus talentos; no es extraño que, viendo frustradas sus esperanzas, y por otra parte heridos de sus predicciones, volviesen contra él su odio: no es menos notable la compasion que muestra Rousseau de los jesuitas. No sé si la humanidad compasiva, ó la razon reflexiva gobernó entonces al filósofo de Ginebra: confesaba no amarlos; el enemigo de la cruz de Jesucristo no podia amar á sus fieles adoradores, pero no queria perseguirlos; puede ser que al ver tan súbitamente mudada su suerte, y que desde la veneracion mas grande habian pasado, con dolor de los buenos, á la persecucion mas violenta, un resto de humanidad le moviese á no añadir afliccion al afligido: se sabe de cierto que su triste situacion pareció tal á un filósofo (á Voltaire) que queria conservar la reputacion de hombre de honor en el público, que creia que sin una especie de barbarie no podia añadirse á su afliccion el insulto: ello es que este acontecimiento fué al principio de las vicisitudes contra la compañía el 1762, cuando los jansenistas, no contentos con haberse unido á los filósofos para procurar su desgracia, no perdonaban injuria ni calumnia contra ella, saboreándose en sus humillaciones, y triunfando en hacerles beber hasta las heces el caliz de la amargura. Como quiera, el tiempo, que trae siempre consigo los desengaños, ha hecho ver que su extincion fué uno de los medios proyectados por ambas sectas para el nuevo orden de trastornos que el mundo asombrado ha sufrido, y que los hijos de Ignacio, á quienes los jansenistas querian hacer pasar por enemigos de los príncipes, no han sido confundidos jamás con los Francmasones, ateos ni jacobinos, ni llamados con estas denigrantes voces que tan exactamente convienen á sus enemigos.

» que antes estaba en tanto desprecio? Fácil es percibirlo, responde. Esta secta profesa un odio irreconciliable á la Silla apostólica, á la jerarquía, al obispado, contra el clero, y especialmente contra los régulares, aunque cubriendo sus negros designios bajo el pretexto de una santa reforma. Y como á los filósofos interesaba sobremanera irritar los celos de los príncipes contra la potestad eclesiástica, y moverlos á la usurpacion de los bienes del clero, les eran necesarios los jansenistas, que alzando de continuo la voz por la reforma, diesen movimiento y accion á sus proyectos; hé ahí la razon de verlos buscados, protegidos, entronizados por ellos, y constituidos en grandes destinos y dignidades. »

« ¿Pero tanto celo por los príncipes, añade, cómo podia agradar á los ateos promovedores del jacobinismo? Nolo dudeis. El plan está concertado: es necesario entrar á salzar cuanto se pueda al trono para hacer mas fácil y ruidosa su caída. Los filósofos sabian bien que en medio de todas aquellas apariencias el ídolo del jansenismo es la democracia, tanto en la Iglesia, como en el Estado: Y así los ven con placer hoy sostener públicamente que la revolucion no puede en buena conciencia considerarse como rebelion, ni ser tenida por cisma la reforma sugerida por su hermano Camus. » Los efectos demuestran la exactitud de las medidas tomadas: la anarquía prevaleció mediante el auxilio prestado por los jansenistas, que llegada su época, ya no cuidaron de aparecer devotos, sino depuesta la máscara favorecieron todas las miras de los impíos, é igualaron, si no superaron, su ardor en promover el jacobinismo. Veamos las pruebas.

Primeramente, en la famosa cuestion agitada en la asamblea sobre *si la Religion católica debia ser la dominante en Francia, y su culto el único autorizado*, ¿cuál fué la conducta de los jansenistas? prevaleció el *lado izquierdo* (es decir, el de los impíos), y el *lado derecho* (que era, el de los diputados verdaderamente católicos), viendo inútiles sus esfuerzos, hubo por necesidad de condenarse al silencio, por no exponerse á los insultos y proscriptciones del furor revolucionario, ha-

ciendo una protesta solemne contra aquella resolución, y en favor de la Religión católica, firmada de doscientos ochenta y tres de sus diputados ¹, sin que entre ellos se cuente ni uno solo de los jansenistas conocidos: lejos de eso, preguntado por sus comitentes Gobel, sufragáneo de Basilea, y despues arzobispo intruso de París, porqué no la habia suscrito, respondió en términos tan ambiguos, que dió bien á conocer cuán poco importaba al jansenismo que dominase la Religión católica romana.

2º Cuando en el junio del año anterior 1789 el tercer estado se declaró en rebelion contra las órdenes del rey, y se erigió por sí mismo en asamblea nacional, y no pudiendo entrar en las salas del congreso, trató de reunirse en otra parte, vacilando sobre su conducta, el famoso Sieyes, insultando con la sinceridad y sencillez jansenística las órdenes del monarca, volviéndose á sus compañeros: *Señores*, les dijo, *lo mismo sois hoy, que fuisteis ayer*; é infundiendo con su dicho valor á los conjurados, los decidió á resistir absolutamente. Un jansenista, pues, fué tambien el primero que animó al partido á la rebelion, y forjó el primer anillo de esa cadena de desórdenes que se vieron sobrevenir despues sobre el rey y sobre el reino. En las rebeliones por lo comun toda la dificultad está en encontrar quien se ponga al frente de ellas, y se declare por jefe, pues los demas le siguen luego sin temor: y esto es lo que hizo aquí este jansenista, cuyo hecho refiere el mismo Rabaud de San Esteban ².

3º Bien pronto el mismo Sieyes, Camus, Gregoire, Treilhard, y otros famosos jansenistas, entraron en el club de los jacobinos (formado á fines del año de 1789), cuyo fin conocido era trastornar la Iglesia y la monarquía, y donde se concibieron todos los insultos y atentados cometidos contra la magestad del trono en los famosos dias 5 y 6 de octubre de 1789, 30 de agosto de 1790, 13 de abril y 21 de junio de 1791, 10 de agosto de 1792, y tantos otros hasta el infausto 21 de enero de 1793, en que fué sacrificado á su sacrilego furor; en to-

¹ Véase la obra del Marchetti titulada: *Testimonios del clero de Francia*, etc., t. 2, hácia el fin.

² *Table des décrets. Juin 1789. Précis*, lib. 2, p. 68, 78, 97.

dos los cuales atentados tuvieron parte activa los mencionados jansenistas.

Seríamos interminables si hubiésemos de referir todos los particulares sucesos, que son por otra parte de todos conocidos, y así nos limitaremos á algunos menos notorios, y que dicen especialmente orden á la ruina de la Religión. Nada diremos de los manejos de Camus ¹ para la introduccion, aceptacion y forzada sancion de la *constitucion civil del clero*, ya antes insinuados. Nada de la *proposicion* hecha por el mismo Camus para el *despojo y expropiacion de los bienes de la Iglesia*, apoyado y llevado á término por el impío apostata obispo de Autun. Nada de la violenta *usurpacion del Estado de Aviñon* y condado Venesino, propio de la santa Sede, promovida por él contra las protestas mismas de la asamblea, que habia declarado no tenia la Francia sobre aquellos Estados derecho alguno. Camus, á pesar de todas ellas, facilitando los tumultos y violencias del círculo de los *Amigos de la verdad*, compuesto de un centenar de personas escogidas entre los jacobinos y jansenistas, y cuyo procurador general era el famoso Fauchet, despues obispo intruso de Calvados, uno de los jansenistas mas fogosos de la asamblea, vino á hacer comparecer á los Aviñoneses como resueltos á sustraerse del *yugo* del sumo pontífice, entrando en la asamblea gritando lleno de regocijo que *los Aviñoneses habian unánimemente vo-*

¹ Este encarnizado enemigo del Papa, y de la Iglesia, no lo fué menos de la monarquía y de la persona del rey: nombrado secretario en los estados generales para la comision encargada de verificar los poderes de los diputados, él fué el que sacando fraudulentamente los papeles confiados á su custodia, empeñó á sus colegas, reunidos en el *juego de pelota*, á jurar no separarse antes de haber dado una constitucion á la Francia. Diputado nuevamente en la convencion, y ausente cuando el proceso de Luis XVI, quiso participar de este crimen, y la escribió que *votaba la muerte del tirano*. Enviado en comision al ejército de Dumouriez, y entregado por éste á los Austriacos, fué rescatado y cangado por la hija de Luis XVI; tanto influjo y poder tenia el jansenismo entre los satélites de la revolucion. Presidente del consejo de los Quinientos, miembro del Instituto, y siempre fogoso republicano, murió de apoplejía el 2 de noviembre de 1804. En sus primeros años habia sido abogado del clero, y le pagó sus pensiones con la atroz persecucion que le suscitó.

tado su unión á la Francia, hizo que se decretase y se incorporasen aquellos Estados á ella ¹.

Ni era solo Camus entre sus cohermanos el que tomaba parte en estos malhadados proyectos; le estaban en un todo unidos, y cooperaban activamente á ellos Sieyes, Freteau, Gouttes, Gregoire, Treilhard, Martineau, Expilly, Lindet, Massieu, Fauchet, y los otros jansenistas diputados, con otros muchos de las provincias, agentes infatigables y exactísimos de todas sus órdenes; órdenes fomentadoras de la anarquía, á que aspiraba el filosofismo. — El jansenista Treilhard fué el que propuso con el mayor calor y obtuvo, á pesar de los esfuerzos de los obispos, la abolición de todos los órdenes religiosos de uno y otro sexo; ni solo esto, la abolición de los mismos votos monásticos. — El jansenista Gregoire fué el primero que hizo el juramento de observar la constitución civil del clero, y no contento con abjurar por sí mismo, se arrojó á exhortar á los obispos y curas á imitar su ejemplo ², en qué le siguió inmediatamente Expilly y otros del partido. — Los jansenistas Expilly y Gregoire

1 Eran Estados de Papa, y bastaba esto á un jansenista, cuyo encono para con la santa Sede no conoce límites. Son bien conocidas las innumerables excepciones que padeció dicha unanimidad: solo no la hay en reconocer todos que la rebelion de aquel Estado, en la que fueron víctimas tantos nobles, y tantos dignos eclesiásticos, fieles unos y otros á su legitimo soberano, fué dirigida por Camus, quien tuvo despues el descaro de declararse públicamente autor de ella.

2 El juramento no era mas que un artificio de la secta para cubrir el designio de destruir la Religión. Al principio les pareció necesario á los jansenistas salvar las apariencias con una especie de Iglesia para engañar al pueblo, de quien se prometian con el tiempo hacerle pasar sin Religión. El mismo Rabaut lo confiesa así (*Précis*, lib. 5, p. 237): « El juramento pedido á los sacerdotes, dice, era uno de los pretextos para desvanecer una de aquellas grandes cuestiones que se llaman *cisma*, y en las cuales los hombres fácilmente se dividen, y despues disputan y combaten por abstracciones que no entienden. La asamblea nacional llamó *constitución civil del clero* lo que en realidad no era otra cosa que su organizacion. Parece que hubiera sido mejor no mezclarse en ello, porque cada uno puede arreglar su creencia y profesion á su modo, bajo la inspeccion general del gobiernó. Y así se exponia á reproducir bajo otra forma un cuerpo, que habia destruido bajo la anterior. »

fueron los primeros tambien en usurpar las sillas episcopales; entrando como lobos en las diócesis de Blois y de Quimper, para arrancar á aquellas ovejas del rebaño de Jesucristo; y jansenistas fueron los que por todas partes volaron á invadir las sillas privadas de sus legítimos pastores, ó se entronizaron en las que formaron por su propia autoridad. Gobel, Gouttes, Massieu, Lindet, Thibault ó Teobaldo, Lamourette, Tourné, Fauchet, Filiberto, Charrier, Villeneuve ó Villanueva, Perie, Marolles, Pouderoux, nombres conocidos en los catálogos del jansenismo, fueron los que á imitacion de sus corifeos Gregoire y Expilly invadieron las principales iglesias, París, Leon, Ruan, Bourges, Clermont, Montpellier, etc., etc., donde imitando la conducta de Gregorio de Capadocia, presentándose á la frente de gente armada, y á veces armados ellos mismos, á fuerza de golpes, palos, sablazos, etc., arrojaban á los legítimos obispos y sacerdotes católicos de los mismos altares, á algunos en el acto mismo de celebrar, á otros interrumpiéndolos su predicacion, violentando los tabernáculos, arrojando por el suelo los cálices, y hollando el Santo de los santos con inaudita y horrible profanacion ¹. Bajo tales lobos cubiertos con la piel, mas bien, con el nombre solo de pastores, fueron despojados, profanados los templos, y aun el famoso de Santa Genoveva de París convertido en depósito de los huesos inmundos de Voltaire y de Mirabeau, y de otros impíos, cuyas urnas se vieron colocadas sobre los altares, donde (*horresco referens*) algunos devotos jansenistas tuvieron la sacrilega osadía de celebrar el tremendo sacrificio. ¿Qué fe, qué religion tendrian aquellos sacerdotes? ¿ofrecer la víctima inmaculada sobre altares donde estaban elevados los huesos de los impíos! — Bajo los mismos el culto de Dios vivo no solo perdió su antiguo esplendor, sino se vió alterado y mezclado con ritos idolátricos; y últimamente, en un todo suprimido, de modo que ni aun en los lugares

1 Véanse en el Barruel, *Historia de la persecucion del clero durante la revolucion*, estas y otras atrocidades semejantes, capaces de poner horror al mas insensible.